

## Don Quijote y la astronomía-astrología

Autoría: José de Lucas Ruiz

Afiliación: Ingeniero Industrial por la Universidad Politécnica de Madrid; especialista en El Quijote y divulgación de astronomía

| SECCIÓN                | PÁGINAS | IDENTIFICADOR       |
|------------------------|---------|---------------------|
| Divulgación y revisión | 101-115 | TDL-82-2024-101-115 |

### TIPO DOCUMENTAL

Literatura y astronomía

### RESUMEN DOCUMENTAL

Recorrido por las referencias astronómicas y astrológicas presentes en Don Quijote de la Mancha. El autor identifica menciones a estrellas, planetas, constelaciones, calendarios, horas nocturnas y fenómenos celestes y las relaciona con el conocimiento astronómico de la época. El artículo utiliza los episodios cervantinos como instrumento de divulgación científica y concluye conectando la observación literaria del cielo con la experiencia actual de contemplar las Pléyades.

### PALABRAS CLAVE

Don Quijote · Cervantes · astronomía · astrología · constelaciones · Pléyades · divulgación científica

### CITA BIBLIOGRÁFICA

José de Lucas Ruiz. «Don Quijote y la astronomía-astrología». Torre de los Lujanes, n.º 82, 2024, pp. 101-115. ISSN 1136-4343.

# Don Quijote y la astronomía-astrología

Por

***José de Lucas Ruiz***

Ingeniero Industrial  
por la Universidad  
Politécnica de Madrid.

Especialista en la  
obra de *El Quijote*, y  
en la divulgación de  
astronomía. Autor  
de *Don Quijote en los  
despachos*, *Don Quijote  
entre constelaciones* y *El  
cielo contado por los  
abuelos*.

## Saludo

«*Aquí hallaréis estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo*» (1.XLII). Si hablamos de astronomía en *El Quijote*, bueno será empezar con el caballeroso saludo que nuestro protagonista hace a una persona principal que llega a la venta; y éste quiero que sea mi saludo a vosotros lectores, personas principales para mí en estos momentos.

## Nombre a estrella y planetas

«*En un lugar del Universo, de cuyo nombre queremos acordarnos...*» Por supuesto no empieza así *El Quijote*, sino que más bien éste fue el reclamo que eligieron, sabiamente, la Sociedad Española de Astronomía, junto

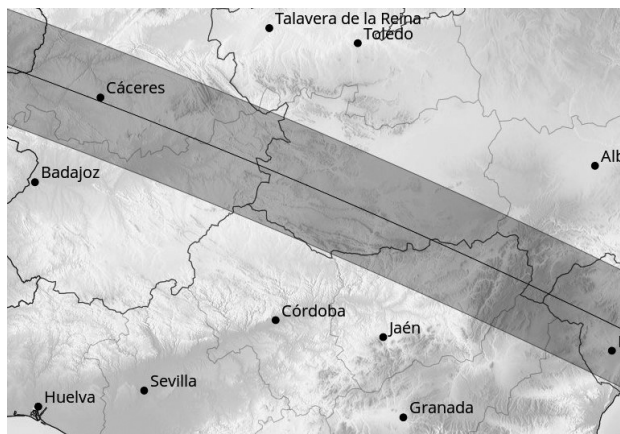
al Instituto Cervantes y al Planetario de Pamplona, promotores de la opción española dentro de una votación mundial que se celebró en 2015 para dar nombre a una estrella.

En estos cuatro siglos la comunidad científica no ha puesto el nombre de Quijote ni Sancho a ningún astro, ni a ningún cráter ni de la Luna ni de Marte; únicamente, hace unos años, se llamó Misión Cervantes a un viaje a la Estación Espacial Internacional en que participó nuestro astronauta Pedro Duque.

Pero desde 2015, y gracias a la bien llevada votación mundial, ya tenemos en el cielo una estrella llamada oficialmente Cervantes, con cuatro satélites: Don Quijote, Dulcinea, Sancho y Rocinante.

## Eclipse y conjunción

Empiezo con un misterio. Rastreando por las páginas de internet de la NASA, me encuentro con que en 1600, el 10 de julio, hubo un eclipse total de Sol observable en La Mancha.



(Fuente: <https://eclipsewise.com/solar/SEgmapx/1501-1600/SE1600Jul10Tgmapx.html>)

Cierto es que Cervantes estaba en esa fecha en Sevilla donde no fue visible en su totalidad. Pero Don Quijote estaría en su casa, y Sancho seguramente sirviendo en la casa de Bartolomé Carrasco; sin embargo ninguno de los dos hace referencia en ningún momento a haber presenciado un hecho tan singular. ¿No les impresionó? ¿Estaban pensando en otra cosa? No tengo respuesta.

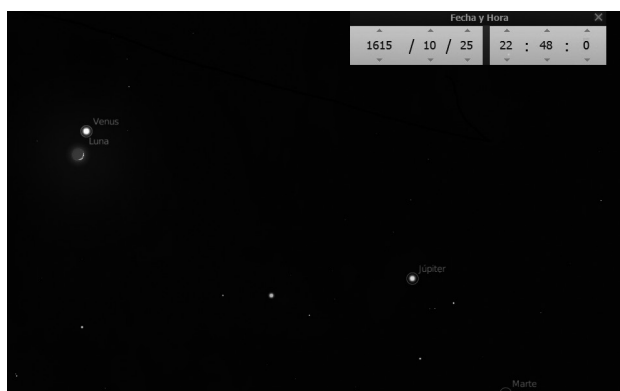
A lo que sí me atrevo es a conjeturar, novelar, lo siguiente.

El bachiller Sansón Carrasco viene en 1615 de graduarse en Salamanca, y conocedor, por un primer libro ya impreso, de las aventuras de su paisano, decide sacarle de sus locuras con las mismas herramientas del enfermo: «un clavo saca a otro clavo», «*similia similibus curantur*».

Se viste de caballero, la primera vez fracasa, pero no la segunda ya con el lema de «Caballero de la Blanca Luna». ¿Por qué eligió el bachiller este mote celeste? Aquí viene mi especulación: en la psique del muchacho bullía, sin él saberlo, que con una blanca luna culminaría una trayectoria vital que había empezado cuando niño con una negra luna, la del eclipse, que impresionó de manera indeleble su cerebro.

Perdón por el atrevimiento. «*Se non è vero...*»

Anotamos otro suceso «cósmico».



(Fuente: Stellarium).

El 25 de octubre de 1.615 se producía una conjunción de Venus, La Luna, Júpiter y Marte. En esos días se cursaban también los últimos trámites para la publicación del segundo libro de «El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha».

No voy a tomar partido, de momento, pero una obra que vio la luz alumbrada por una conjunción astronómica tan considerable, tenía que tener una larga y muy fecunda vida. ¿Debemos creer en el influjo de los astros? ¿Nos apuntamos a la astrología mejor que a la astronomía? Tenemos un rato para debatir lo que pensaba Don Quijote y lo que pensamos nosotros sobre el tema.

«El Quijote» «sirve» para todo, tiene enseñanzas sobre todos los temas, y por ahí están las monografías infinitas que se han escrito: EQ y la manera de ejercer el gobierno (esos capítulos deberían ser de obligada lectura y aprovechamiento por los candidatos a cualquier puesto elegible, de concejal para arriba), EQ y la gastronomía, EQ y la medicina, por supuesto EQ y los refranes, EQ y la invención del marketing (aunque pueda sonar extraño; léase con ojos de la actual sociedad de consumo la aventura «del mono adivino»), EQ y el feminismo, EQ y la locura... EQ y tener un sueño imposible.

Y por supuesto, «El Quijote» y la astronomía.

## **Escenario astronómico en 1.615**

Como vamos a hablar de la astronomía en unos escritos de 1.605 (el primer libro), y de 1.615 (el segundo), creo que conviene repasar algunas fechas para situar lo que Don Quijote, que era un gran lector, podía haber leído y lo que todavía no había ocurrido: cómo estaba esta ciencia en aquellos momentos.

Ptolomeo nació más o menos en el año 100 de nuestra era, y estableció un sistema científico para explicar el universo conocido; equivocado, pero científico (porque no siempre la ciencia acierta a la primera); y que estuvo aceptado durante dieciséis siglos.

En 1294 Alfonso X, en Toledo, «*traslada de caldeo et arábigo al language castellano*» los saberes que había hasta entonces sobre las estrellas.

Ya en la cercanía de los años que nos interesan, empiezan revoluciones en el conocimiento del cielo. Son años cruciales. De 1.576 a 1.597 Tycho Brahe realiza infinidad de medidas, a ojo, sobre todo lo que se mueve y lo que no se mueve en el cielo. En 1.600 Kepler colabora con Tycho Brahe; se juntan las observaciones de uno con las elaboraciones matemáticas del otro y el avance es tremendo.

El 7 de enero de 1.610 y días sucesivos, Galileo pasa varias noches observando, ya con telescopio, lo que resultarían ser, a partir de ese momento, los satélites de Júpiter; se rompen, ya para siempre, las esferas de cristal que hasta entonces se pensaba que soportaban a los astros.

Hago un inciso importante. Debo decir que hoy en día podemos asistir en primera persona a hechos históricos que ocurrieron en el pasado, como éste. Sacad en la pantalla de vuestro ordenador el programa Stellarium (es gratuito), centrad Júpiter, fijad la fecha 1610/01/07 a cualquier hora de la noche; aumentad luego de uno en uno el día y veréis lo que Galileo vio: que esos puntos luminosos, por primera vez en la historia de la humanidad, bailaban alrededor de un planeta. Como he dicho, las esferas de cristal inamovibles desaparecían ya para siempre del firmamento, y éste no era tan «firme» como se pensaba.

Cierro el inciso.

En octubre de 1.615, ya lo hemos citado, se produjo una conjunción planetaria, y también la publicación del segundo libro de «El Quijote».

Bien, de Newton no hablamos porque nos resulta ya pasado de fecha, pues nació en 1.643. O sea, que cuando se escribió El Quijote la gravedad todavía no existía. Los cuerpos se caían al suelo pero la gravedad no existía.

Y setenta años antes de nuestra fecha crucial de 1.615, Copérnico había publicado su teoría copernicana, mediante la cual la Tierra empezó a girar alrededor del Sol en lugar de estarse quieta. ¿La conocía Don Quijote?

Me detengo en este asunto.

Don Quijote afirma: «*Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe*» (2.XXIX). La afirmación es un poco fuerte. Es un tema para el debate, o más bien para la especulación porque creo que no hay datos constatables. En la hoguera que el cura y el barbero hacen con los libros de Don Quijote, sólo se citan libros de caballería y de poesía y ninguno de ciencia, pero que nuestro protagonista había leído y asimilado muchos conocimientos científicos, está fuera de toda duda por lo que iremos viendo.

Me inclino a pensar esta vez en la prudencia de Don Quijote, a pesar de que en muchas otras ocasiones no la ejerció: entre un paradigma científico que tiene mil quinientos años (el de Ptolomeo), y otro novedoso y profundamente discutido todavía (el de Copérnico), penado incluso con la excomunión... pues mejor «nadar poco y más guardar la ropa».

Por su parte, Cervantes puede que nos esté haciendo un guiño, o a mí me lo parece, pues al barbero, que tiene un papel muy importante en la trama, le pone por nombre Nicolás, como Copérnico; hay un soneto en la introducción sobre el Caballero del Febo, y

cuando el barbero abre la boca en la primera página es para citar laudatoriamente al «caballero del Febo» (1.I), o sea al Sol, centro de la nueva teoría.

Quizá Cervantes sabía más cosas de las que nos cuenta, pero ya bastantes problemas tenía él con la justicia.

## **Astronomía o astrología**

Y entramos ya en la novela.

¿Es Don Quijote partidario de la astronomía, de la ciencia, o cree en la astrología, los horóscopos y la posición de los astros? Muy pronto «entraremos» en dudas.

*«Un caballero andante ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla» (2.XVIII).*

Mal empezamos: astrólogo dice, y no astrónomo. Pero que no cunda el pánico; Don Quijote está buscando una aplicación práctica, quiere conocer la hora y el lugar, y para ello se basa en medidas físicas y no en especulaciones y por tanto más cerca de la ciencia que de la superstición.

Pero sobre todo es que en aquellos tiempos estaban empezando a separarse los campos y la terminología de lo que se iría agrupando en «astrología natural» que englobaba meteorología y astronomía, y «astrología judiciaria» que iba por la nigromancia y los horóscopos; si no se ponía el apellido podía haber confusiones.

De todas formas, nos pueden venir algunas dudas. En una importante discusión con su sobrina, Don Quijote justifica su dedicación



a la caballería andante con estas palabras: *«Me dedico a las armas porque nací bajo la influencia del planeta Marte; así que casi me es forzoso seguir por su camino, y será en balde que os canséis en persuadirme para que no quiera yo lo que los cielos quieren»* (2.VI). Pura astrología, horóscopos.

El dilema creo yo que tiene una fácil interpretación. En la novela hay un personaje que define a Don Quijote como *«un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos»* (2,XVIII). Pero su locura sólo se pone de manifiesto cuando le tocan las cosas de la caballería o de su Dulcinea. En los demás asuntos, ya quisiéramos nosotros tener la mitad de su lucidez.

Así que las dos cosas son posibles: a los ojos de Don Quijote caballero andante, tenemos el influjo astrológico del planeta Marte para justificar su dedicación a las armas, y luego ciencia y sentido común en todo lo demás, como enseguida veremos.

Por ejemplo, en la aventura del mono adivino, Don Quijote dice claramente en qué lado de los dos bandos está. *«Cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan estas figuras que llaman judiciarias (los horóscopos), que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura (hacer un horóscopo), echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia»* (2.XXV).

Queda claro. Mentiras e ignorancias en los horóscopos, y enfrente la verdad maravillosa de la ciencia. En estado de lucidez, Don Quijote no leería la sección de horóscopos de las revistas. Y más claro aún con lo que viene.

Don Quijote ha adquirido, por supuesto en los libros y en el campo, un amplio dominio de la terminología: *«Tú no sabes Sancho, qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiácos, clíticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera*

*celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, o parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora» (2.XXIX).*

Se podría decir que hay demasiados elementos en esta cita, como «dime de qué presumes y te diré de lo que careces»; pero es que Don Quijote en bastantes ocasiones está un poco harto de las respuestas de Sancho Panza, y parece que en esta ocasión quiere taparle la boca.

El caballero y el escudero están haciendo un breve viaje en barco por un río caudaloso; a Don Quijote le parece más bien una singladura, y aprovecha para poner distancia cultural con su escudero.

Don Quijote no tiene problemas para orientarse, porque domina la teoría establecida desde Ptolomeo: *«Si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las leguas que hemos caminado; aunque, o yo sé poco, o ya hemos pasado, o pasaremos presto, por la línea equinocial, (el ecuador) que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. De trescientos y sesenta grados que contiene el globo, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho» (2.XXIX).*

Y aquí viene seguramente una broma del amo: era creencia entonces que al cruzar la línea del ecuador, morían los piojos que llevasen los marineros, y así pide a su criado que se tiente para ver si ya está limpio de habitantes. Sancho da una muestra de su carácter que sería bueno imitar: tiene sus opiniones, pero no busca enfrentarse, y se muestra sensato y conciliador; por una parte no pone en cuestión a su jefe, pero no renuncia, de muy buenas maneras, a su propia experiencia de las cosas:

*«Tentóse Sancho, alzó la cabeza, miró a su amo, y dijo: —O la experiencia es falsa, o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni*

*con muchas leguas. —Pues ¿qué?, ¿has topado algo? —¡Y aun algos! —respondió Sancho» (2.XXIX).*

Frente a la cultura estudiada de su amo, Sancho tiene los conocimientos de la vida y de las noches al raso, que cuenta en la divertida aventura de los batanes: *«A lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la Bocina (de la Osa Menor) está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo» (1.XX).*

Así que el pastor sobrevenido en escudero, nos da una breve lección, que los actuales no aprovechamos, en buena parte por la polución lumínica que tenemos, utilizando el reloj de estrellas que cada noche está sobre nuestras cabezas si miramos al norte. La ironía aquí, está en que aquella noche había nubes, y todo era una cháchara de Sancho para esconder el miedo que estaba pasando y que tuvo unas consecuencias no deseadas.

*«Sanchus aflojavit cum magno sigillo trabas suorum calzonum, et desnudando suas posaderas (quae non eran chicas), pum, rataplum... pum!... fecit quod nullus mortalium poteba fácere pro illo».*

Este párrafo es parte de un libro (*«Historia Domini Quijoti Manchegui»*), en que el sacerdote Ignacio Calvo traducía el Quijote a un latín macarrónico, con el que sin duda se rieron un buen rato en el Seminario de Toledo, y luego en buena parte del mundo.

*«Sancho aflojó con gran sigilo los lazos de sus calzones, y desnudando sus posaderas (que no eran chicas), pum, rataplum... pum!... hizo lo que ningún mortal podía hacer por él».*

Cervantes trata también este delicado momento con una limpieza ejemplar y sin necesidad de usar ninguna palabra malsonante, aunque sí maloliente.

## La cabeza encantada y la ciencia verdadera

La posición de Don Quijote ya hemos visto que es claramente a favor de la ciencia cuando está cuerdo; pero ¿cuál era la posición de Cervantes con respecto a los embaucadores de almas ingenuas? Lo vemos; el autor monta una escena singular durante la estancia de Don Quijote en Barcelona.

Allí vive Don Antonio Moreno, «*caballero rico y discreto, y amigo de divertirse de manera honesta y afable*» (2.LXII). Tiene en su casa «*un aposento, en el cual no había otra cosa que una mesa, al parecer de jaspe, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, una que semejaba ser de bronce. —Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, y tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren*» (2.LXII).

El arte de la construcción de la cabeza encantada, explicado por su dueño, es un reclamo para los ingenuos: El autor, «*guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y, finalmente, la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda*» (2.LXII). Es decir, pura práctica de astrología.

En la demostración de las habilidades del ingenio, los asistentes hacen preguntas al oído de la cabeza, y ésta responde con más o menos precisión saliendo el sonido de su boca, aunque sin mover los labios.

Pero, «*por no tener suspenso al mundo*», y tampoco a nosotros, Cervantes explica enseguida que «*la cabeza, que parecía figura de emperador romano, estaba toda hueca, y el hueco se comunicaba con otro aposento que debajo de la estancia estaba. En el aposento de abajo se ponía el que había de responder, de modo que por el hueco iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba; y de esta manera no era posible*

*conocer el embuste»* (2.LXII). Así pues, todo era superchería que Cervantes quiere dejar bien clara.

Frente a esta farsa impostora, hay en otro lugar de la novela un personaje que sí parece haber adquirido los fundamentos de la ciencia astronómica. Grisóstomo *«había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar, con opinión de muy sabio y muy leído. «—Principalmente, decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan, allá en el cielo, el sol y la luna; porque puntualmente nos decía el crís del sol y de la luna.» —Eclipse se llama, amigo, que no crís, el oscurecerse esos dos luminares mayores —dijo don Quijote»* (1.XII).

## El Sol y la Luna

Y si Grisóstomo sabía lo que pasan allá en el cielo el Sol y la Luna, Don Quijote también.

Es cierto que en momentos de exaltación amorosa por Dulcinea, el caballero utiliza las fórmulas mitológicas para referirse a nuestros astros. Atención a la cita. *«Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora»* (1.II).

Un pelín almibarado Don Quijote en esta escena, pero es que lo dice rememorando los libros de caballería, a los que Cervantes quiere poner en ridículo.

Y en otro momento amoroso, *«Y tú, Sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir a ver a mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes»* (1.XLIII).

Pero más allá de la poesía y de la mitología, Don Quijote sabe muy bien la posición de estos astros en el cielo, y cómo se mueven sobre la redondez de la Tierra.

Cuando va a ser armado caballero en la venta que él imaginaba castillo, *«acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la Luna, que podía competir con el que se la prestaba»* (1.III).

Y todavía más en otro lugar. *«Era la noche algo oscura, puesto que la Luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista: que tal vez la señora Diana se va a pasear a los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros»* (2.LXVIII).

Y del viaje del Sol, más de lo mismo: *«¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, tú que siempre sales, y, aunque lo parece, nunca te pones!»* (2.XLV). Así pues, ni Apolos, ni carros, ni caballos; nuestras luminarias siempre están en el cielo haciendo sus rondas precisas, aunque durante algunas horas no las veamos, y Don Quijote lo conoce bien.

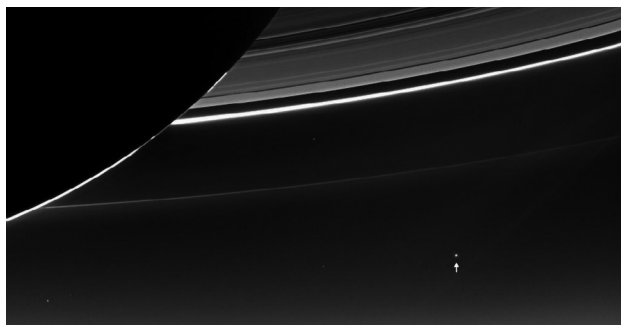
## Clavileño

Tenemos que parar un poco en la aventura de Clavileño, el caballo de madera organizado por los duques. Es una broma, algo pesada, muy pesada, que gastan a sus huéspedes. Lo conocéis. Montan en él a Don Quijote y a Sancho, les vendan los ojos, y con diversos artificios les hacen creer que van pasando por las cuatro regiones que entonces se pensaba que envolvían la tierra: la región del aire, la de las nieves, la de los relámpagos y la región del fuego.

Pero Sancho, socarrón como nadie, no se va a dejar apabullar por las malas artes de los duques, y se adelanta varios siglos a lo que ahora, con las sondas enviadas por los humanos a lo pro-

fundo del sistema solar, podemos ver en las pantallas de nuestros ordenadores:

*«—Yo, señora, sentí que íbamos volando por la región del fuego, y bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto como pude el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza» (2.XLI).*



La sonda Cassini, desde Saturno, dando la razón a Sancho 400 años después.

La Tierra como un grano de mostaza. ¡Sancho, inmenso!

Pero en este viaje ficticio el escudero, aprovechando sus experiencias de noches en el campo abierto, se pone muy por encima de su señor y de todos los que le escuchan y, sobre todo, para gusto de todos nosotros, expresa abiertamente no sólo sus conocimientos sino también sus sentimientos. Y sus ganas de vacilarles a los duques.

*«Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas (las Pléyades); y como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, ¡me dio una gana de entretenerme con ellas un rato...! Y sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente*

*me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores» (2.XLI).*

La emoción de Sancho Panza por entre las cabrillas, seguramente tiene fácil correspondencia con vuestras, nuestras, emociones cuando visteis, cuando vimos, con telescopio o con simples prismáticos, las Pléyades por primera vez. No sólo mirar; también observar, sentir.

Una curiosidad final. No sé si alguna vez os ha quitado el sueño el saber cómo se dice «las Pléyades» en japonés. Pues bien, os lo resuelvo: se dice «Subaru». Si nos fijamos en el logo de marca de esos coches, veremos un grupo de estrellas que representan el cúmulo que tanto interesaba a Sancho; hay seis en vez de siete, no sé por qué. Pero son las Pléyades

«Que Dios os dé salud, y a mí no olvide» (1. Prólogo).

2024.